

Talenta

fragmento de sala de lectura / www.marcelolujan.com

Varios autores



Un lugar tan encantador

Nueve cuentos y un porqué

Elena Prieto, Andrés Gusó, Paula Palacios García,
Jorge Doménech, María Collado, Álvaro Jarillo,
Elisa María Martínez, Franco Chiaravalloti,
Íñigo Redondo Egaña.

Con prólogo de Marcelo Luján.

Talentura

Un lugar tan encantador

Diseño editorial y maquetación: Francisco Poyatos

© Talentura

© Varios autores

Primera edición: mayo, 2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso en España

Talentura

www.talenturalibros.com

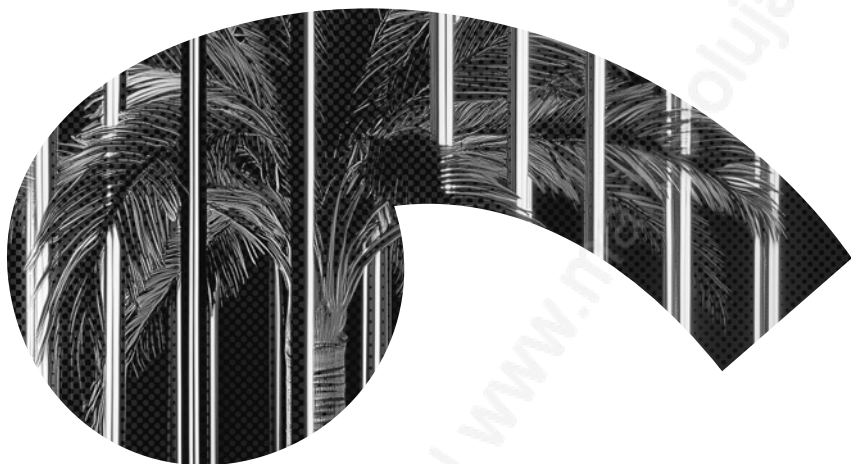
editorial@talenturalibros.com



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN: 978-84-127637-9-9

Depósito legal: M-8248-2025



RELATOS

Índice

Prólogo de Marcelo Luján: Un poco tarde	9
Un inmenso desierto	13
Elena Prieto	25
Voces en el pasillo	27
Andrés Gusó	49
Hotel Galifornia	51
Paula Palacios García	67
EsTrés	69
Jorge Doménech	83
Camas	85
María Collado	95
La maleta	97
Álvaro Jarillo	111
Siempre ella	113
Elisa María Martínez	127
Lugares como cuerpos	129
Franco Chiaravalloti	139
No te puedes ir	141
Íñigo Redondo Egaña	173
Y algo más tarde	175

Prólogo: Un poco tarde

Por Marcelo Luján¹

Hubo una noche en la que este libro comenzó a ser un libro.

Una noche a media luz. De tornasolada penumbra.

Una noche algo psicodélica, de grupo, con voces y risas.

Una noche como todas esas infinitas noches que se suceden cada vez que alguien, en algún lugar del mundo y por cualquier motivo, reproduce la canción de los Eagles «Hotel California».

1 Marcelo Luján nació en 1973 en el barrio de Mataderos de la Ciudad de Buenos Aires. A principios de 2001, por varias razones —todas voluntarias—, se radicó en Madrid, donde vive en la actualidad. Trabaja como coordinador de actividades culturales y talleres de creación literaria.

Publicó los libros de cuentos *Flores para Irene* (Premio Santa Cruz de Tenerife 2003), *En algún cielo* (Premio Ciudad de Alcalá de Narrativa 2006) y *El desvío* (Premio Kutxa Ciudad de San Sebastián 2007). En 2020, su cuarta colección de cuentos, *La claridad*, obtuvo por unanimidad el VI Premio Internacional Ribera del Duero. También publicó libros de prosa poética: *Arder en el invierno* y *Pequeños pies ingleses*. Y las novelas *La mala espera* (Premio Ciudad de Getafe de Novela Negra 2009 y Segunda Mención del Premio Clarín de Novela 2005), *Moravia*, y *Subsuelo* (Premio Dashiell Hammett, Premio Tenerife Noir, Premio Novelpol, todos en 2016). Este último título está siendo adaptado a la pantalla por Fernando Franco.

No sé si es demasiado importante contar que la noche se convirtió en madrugada y que estábamos en el legendario Remember de Malasaña, que habíamos cenado, antes, a un lado de la plaza Dos de Mayo y que muy probablemente, también, entre la cena y el Remember, frecuentáramos algún otro garito de la zona, conversando y planificando y debatiendo, a nuestro singular modo, como siempre, varias cuestiones que tampoco son demasiado importantes como para citarlas en este relato introductorio.

Lo cierto es que todo había comenzado en aquel bar con la presentación de una colección de cuentos a la que habíamos acudido sin saber —porque esas cosas nunca se saben— que esa sencilla convocatoria sería el punto de partida para que este libro comenzara a ser un libro. Siempre tuve la secreta esperanza de que nada ocurre por mera casualidad, de que todo está, de algún modo, enlazado, conectado, y que el devenir es bastante más certero que esa otra ilusión a la que a menudo llamamos destino.

Pero volvamos a aquella madrugada en el Remember, volvamos a las voces que se agitaban en una habitación abierta, volvamos a la media luz algo rojiza, a los pies bajo el rectángulo de la mesa,

a las manos en torno a una botella de vino espumante y demasiado caro como para bebérselo de aquel modo. Volvamos al momento exacto en que creímos haber oído los primeros acordes de «Hotel California». Era un poco tarde y ninguno de los allí presentes puede asegurar casi nada de lo que ocurría a nuestro alrededor. Tenemos el recuerdo fugaz de una camarera detrás de la barra, de algún cliente que se movía entre la penumbra psicodélica pero no sabemos qué nos sucedió a partir de ese momento y por qué tomamos las decisiones que tomamos. Dice la leyenda que la canción nunca sonó pero que como era un poco tarde todos la escuchamos con nitidez. Eso es lo que dice la leyenda y eso es lo que la memoria no alcanza a rescatar. Y puede que esté bien que así sea. Alguna vez la ciencia tendrá que probar por qué hubo tantas coincidencias juntas entre nuestra madrugada nebulosa y la nebulosa historia que recoge la canción de los Eagles.

Tampoco es demasiado importante precisar cuántos éramos en aquella madrugada en torno a aquella botella de espumante. Ni quién de todos los presentes confesó —de pronto— su absoluto convencimiento de que en esa letra enigmática y de difícil cifrado se esconde una historia deslumbrante,

avasalladora. Una historia digna de ser descifrada con las herramientas de la ficción. Puede que se hiciera referencia al cuento, a escribir cuentos, puede que se haya mencionado el género fantástico, incluso el terror. Tampoco es demasiado importante.

Después pasó el tiempo y después se tomó la decisión de conformar una colección –un libro, este libro– con cuentos escritos por la mayoría de los presentes en aquella madrugada. Y esto sí es importante porque la memoria impide que accedamos a ciertos sectores del recuerdo y muchas cosas de nuestra madrugada en el Remember ya no las podremos volver a recuperar. Me refiero al detalle de las sensaciones pero también a los interrogantes y a todas aquellas certezas.

Y está bien que así sea.

Porque si comprendemos que solo se pierde lo que nunca se ha tenido comprendemos, además, que la memoria es selectiva para salvarnos, para impedir que el precipicio nos absorba y para que podamos seguir caminando por ese borde de ese acantilado sin que jamás olvidemos el valor y por qué no el miedo de sabernos vivos.

Y está bien que así sea.